

## **La COVID-19 ha incrementado la carga de las tareas de cuidado de las mujeres**

Autora: Kate Power

### ***La economía del cuidado: el trabajo invisible y no remunerado de las mujeres***

El trabajo que cada uno de nosotros realiza para mantener nuestra vida cotidiana y la de nuestras familias depende de nuestro estatus socioeconómico y de nuestra situación familiar en particular. Por lo general, incluye: tareas del tipo físicas como educar a los niños, cocinar, limpiar, buscar agua y leña, cuidar a los adultos mayores, hacer las compras y realizar las tareas del hogar; tareas mentales, como planificar los horarios; y tareas emocionales, como ocuparse de las relaciones familiares. Es obvio que no son solamente las mujeres las que se encargan de estas actividades; aunque se sabe que, a nivel mundial, las mujeres y las niñas son responsables del 75 % de los cuidados y del trabajo doméstico no remunerado (Moreira da Silva, 2019).

La Organización Internacional del Trabajo (OIT) calcula que, en todo el mundo, las mujeres realizan un promedio de 4 horas y 25 minutos de cuidados no remunerados por día, mientras que los hombres dedican 1 hora y 23 minutos a esas actividades (Pozzan y Cattaneo, 2020).

A este trabajo de cuidado no remunerado también se lo denomina economía del cuidado, economía familiar o doméstica y economía reproductiva. En el ámbito informal, se lo conoce como economía de la hipocresía, pues hace referencia al hecho de que además de encargarse de los niños y del hogar, ahora, las mujeres trabajan fuera de sus casas, es decir que forman parte de la economía remunerada y, aun así, no existe ningún intento sistémico de alentar o permitir que los hombres asuman más responsabilidades. Esto es lo que la socióloga Arlie Hochschild llamó «el segundo turno», concepto acuñado sobre la base de su estudio de parejas heterosexuales en las décadas de 1970 y 1980 (Hochschild y Machung, 1989).

Más recientemente, varias economistas feministas han hecho notar que existe el «tercer turno»: el trabajo emocional, no remunerado y subestimado del que se encargan, en su mayoría, las mujeres. La socióloga Heejung Chung (2020) describe esta situación como el deber de las mujeres de «asegurar el bienestar emocional de los niños, de los padres y de los demás miembros de la familia. En otras palabras, se hacen responsables de la carga mental que implica preocuparse por la familia». Aunque muchos sostienen que las mujeres pueden «tenerlo todo» (Slaughter, 2015), esto es solo un mito para muchas. Las labores de cuidado no remuneradas ejercen un impacto negativo y

mensurable sobre la participación de las mujeres en la economía remunerada. La OIT (Addati y otros, 2018) estima que 606 millones de mujeres, o el 41 % de la población femenina en este momento inactiva (sin empleo formal), están fuera del mercado laboral debido al trabajo de cuidado no remunerado que realizan.

Siempre que se promueven políticas para promover la participación de las mujeres en la economía remunerada, la solución que se propone es la modalidad de trabajo flexible. Sin embargo, estudios de diferentes países demuestran que los acuerdos laborales flexibles no hacen más que reafirmar los roles de género tradicionales. Por ejemplo, mientras que a las mujeres se les permite combinar trabajo remunerado con horas adicionales de cuidados no remunerados, los padres que poseen flexibilidad laboral deben permanecer horas adicionales (con frecuencia, no remuneradas) en sus puestos de trabajo. (Chung y Van der Lippe, 2018).

### ***La economía del cuidado versus el producto interno bruto***

La manera en la que, hoy en día, se mide nuestra economía ignora el trabajo reproductivo de la vida cotidiana que realizan los padres y los demás miembros de la familia (usualmente las mujeres) de manera «gratuita» y que beneficia a toda la sociedad. De todos modos, cuando los encargados de esta labor son personas ajenas a la familia, el trabajo se valora y resarce. Por ejemplo, el servicio remunerado de cuidado de niños forma parte de la economía porque contribuye formalmente al producto interno bruto (PIB).

El hecho de que el estado provea guarderías infantiles ha permitido que más mujeres ingresen a la fuerza laboral remunerada, pero, en general, no ha dado lugar a la redistribución de las tareas de cuidado entre hombres y mujeres, aunque esto depende de los países y las familias (Samman y otros, 2016). Otro hecho común es el reemplazo del cuidado en el seno familiar por el cuidado institucional, lo que genera un mayor nivel de estrés en los niños (Gerhardt, 2010) e ignora la importancia de la crianza de los niños y de las relaciones de apego con los miembros de la familia.

Muchos académicos y profesionales alineados con el movimiento de la «nueva economía» argumentan que se necesitan medidas económicas para valorar este trabajo familiar que da lugar al resto de los trabajos de la sociedad (Donath, 2000; Dengler y Strunk, 2018; Folbre, 2001; Schor, 2008). Kate Raworth, por ejemplo, establece que a pesar de que las tareas de cuidado no remuneradas dependen de factores tales como el desarrollo, la desigualdad social y los conflictos, estas continúan siendo «no remuneradas, subestimadas y abusadas, lo que perpetúa las desigualdades sociales,

laborales, salariales y las relaciones de poder entre los hombres y las mujeres» (Raworth, 2017).

### ***La respuesta a la pandemia y su impacto regresivo en la igualdad de género***

En abril, la Organización de las Naciones Unidas (2020) publicó un informe que confirma que el trabajo de cuidado no remunerado ha aumentado debido a que los niños no asisten a la escuela, que las necesidades de los adultos mayores se han intensificado y que los sistemas de salud se han visto saturados. Sin embargo, no todos experimentan la pandemia y el confinamiento de la misma manera: a algunos, esta pandemia de la COVID-19 les ha traído ventajas.

La tasa de suicidios en Japón, por ejemplo, resultó ser un 20 % menor en abril del año 2020 que en el mismo mes del año 2019. Se cree que esto se debe a que la gente compartió más tiempo en su hogar junto a su familia y empleó menos tiempo en viajar hacia el trabajo. A esto se le sumó el hecho de que las clases comenzaron más tarde, ya que el periodo escolar en Japón se asocia comúnmente a mayores niveles de estrés en niños (Blair, 2020). De acuerdo a los resultados de una encuesta en el Reino Unido, el 80 % de los padres sienten que el haber estado más tiempo en familia durante el confinamiento les permitió fortalecer las relaciones, incluso a pesar del desafío de haber tenido que trabajar y educar a los niños en casa (Roshgadol, 2020). Se reportaron situaciones similares de otros países como Turquía, donde los padres sostienen que la cuarentena les ha dado una oportunidad para mejorar las relaciones matrimoniales y familiares (Alhas, 2020).

Al mismo tiempo, las familias enfrentan nuevas presiones que varían según cada circunstancia. Como lo explica la abogada y escritora feminista Chloe Cooney, la respuesta a la pandemia está resaltando cuán problemático es el sistema actual para las familias: «Siempre ha sido una farsa pensar que la decisión de encargarse de los niños y asumir las responsabilidades familiares es una “decisión de vida personal” que se puede manejar fuera del horario de trabajo. La situación que estamos atravesando se ha diseñado de manera casi profética para poner de manifiesto la hipocresía que supone la estrategia social de separar la vida laboral de la familiar».

Las obligaciones impuestas por la anterior vida cotidiana «normal» sobre los padres que trabajan ya eran estresantes, apabullantes, solitarias y sin sentido, y en las mujeres tendían a ser aún peores. Un extenso estudio biológico de once indicadores claves de los niveles de estrés crónico llevado a cabo en el Reino Unido antes de la

pandemia demostró que las madres que educan a dos niños y que además trabajan sufren 40 % más estrés que una persona promedio (Chandola y otros, 2019).

Estudios recientes en Estados Unidos indican que los padres de niños menores de dieciocho años están sufriendo más estrés debido al brote de coronavirus y a la respuesta al mismo. Alrededor del 32 % de los padres y el 57 % de las madres declararon que su salud mental se encontraba en peor estado en virtud del contagio, lo que sugiere que las madres podrían estar asumiendo una parte desproporcionadamente mayor de la carga (Hamel y Salganicoff, 2020).

Además del impacto directo de la pandemia, la respuesta también exagera desigualdades. El cierre de escuelas y guarderías infantiles ha revelado cuán frágil es la participación de las mujeres en la economía remunerada. La escritora Helen Lewis (2020) ha hecho notar que «el cierre de las escuelas y el aislamiento de las familias está trasladando el trabajo de cuidado de los niños desde la economía remunerada (guarderías, escuelas y niñeras) hacia la no remunerada. El coronavirus hace pedazos el acuerdo que muchas parejas con ingresos dobles han establecido en el mundo desarrollado: “Ambos podemos trabajar porque alguien más está cuidando de los niños”. Ahora, las parejas deberán decidir quién recibirá el golpe».

Las Naciones Unidas (2020) confirman que, como muchas familias no han podido tener acceso a guarderías institucionales o comunitarias durante el confinamiento, el cuidado de los niños se ha tornado una responsabilidad no remunerada casi exclusiva de las mujeres, lo que ha limitado las posibilidades de trabajar. Con frecuencia, son las mujeres las que se ocupan de estas tareas de cuidado, por un lado, por la persistencia de los roles de género tradicionales; por el otro, por la estructura de la participación femenina en la economía: a tiempo parcial, flexible y menos remunerativa. Asimismo, datos recientes muestran que las adolescentes emplean un número significativamente mayor de horas en las tareas del hogar en comparación con los varones de la misma edad (UNICEF, Plan Internacional y ONU Mujeres, 2020). Lewis (2020) agrega que «seguramente, al estar cerradas las escuelas, muchos padres darán un paso al frente, pero no será algo universal [...] y los padres solteros enfrentan decisiones aún más difíciles: mientras las escuelas permanezcan cerradas, ¿cómo se equilibra el sustento económico y el cuidado de la familia?».

Las labores de cuidado adicionales reducen la productividad, lo que implicaría que las mujeres podrían llegar a ser suspendidas o no tenidas en cuenta para ascensos, impacto que podría afectar los ingresos vitalicios, incluso las pensiones, de manera

negativa. Sophie Walker, líder del Partido por la Igualdad de las Mujeres (Women's Equality Party) del Reino Unido ha comentado: «Este es un modelo antiguo con el cual se espera que las mujeres se encarguen de la mayoría de las tareas de cuidado en el hogar y, al mismo tiempo, se las juzga por parecer menos comprometidas con sus empleos y sus carreras. Es algo típico que no se considere a las mujeres en el diseño de las políticas» (BBC, 2020).

Las consecuencias de género de la pandemia se entrecruzan con otras desigualdades arraigadas. Por ejemplo, una encuesta realizada hace poco en Estados Unidos revela que, si bien más de un tercio de las mujeres han sido despedidas o suspendidas, o han visto sus salarios recortados debido al brote de coronavirus; la situación de las mujeres de color tiende a ser aún más compleja: las afroamericanas son dos veces más propensas que los hombres de raza blanca a denunciar este tipo de problemas financieros, por lo que el 54 % de estas mujeres pierde su trabajo o fuente de ingresos en comparación con el 27 % de los hombres blancos (LeanIn, 2020). No es usual, además, que las mujeres posean una red de protección financiera, puesto que sufren mayor inseguridad laboral y que perciben una remuneración promedio menor; en especial, las mujeres de color. Es dos veces más probable que el género femenino denuncie que no puede afrontar artículos de primera necesidad durante más de un mes si perdiera su empleo. Las mujeres de raza negra, a su vez, manifiestan esta inseguridad financiera tres veces más a menudo que los hombres (LeanIn, 2020).

Los efectos negativos de epidemias anteriores, tales como la de SARS, la de la gripe porcina y la de la gripe aviaria, perduraron por varios años sobre las mujeres, incluso cuando el ingreso de los hombres había retornado a niveles normales. A modo de ejemplo, en estos brotes, los padres se mostraron reacios a llevar a vacunar a sus hijos. No obstante, cuando los niños necesitaron cuidados por haber contraído enfermedades evitables, fueron las madres quienes debieron pedir licencia en el trabajo (Lewis, 2020). En efecto, existen informes que detallan que, en la crisis actual, los padres están posponiendo los controles médicos programados y la vacunación de sus hijos por la COVID-19, aunque esto pudiera derivar en un aumento de las enfermedades infantiles en los próximos años, a menos que se reprogramen los turnos (Hoffman, 2020). Como consecuencia de todos estos factores y si no se toman medidas proactivas para abordar las desigualdades de género en la respuesta a la pandemia, los ingresos vitalicios de algunas mujeres no se recuperarán nunca.

### ***Actuar ahora: un futuro en igualdad de género es responsabilidad de todos***

La necesidad de valorar la economía del cuidado para abordar la igualdad de género se reconoce en el quinto objetivo del Desarrollo Sostenible de las Naciones Unidas cuya cuarta meta es «reconocer y valorar los cuidados y el trabajo doméstico no remunerados mediante servicios públicos, infraestructuras y políticas de protección social, y promoviendo la responsabilidad compartida en el hogar y la familia, según proceda en cada país».

Esta meta se inspiró en la «regla de las tres R» (3R), desarrollada para valorar, incluir y apoyar la economía del cuidado. Las 3R originales promovían políticas para «reconocer, reducir y redistribuir» las tareas de cuidado (Elson, 2017) y fueron adoptadas por el Panel de Alto Nivel sobre empoderamiento económico de las mujeres del secretario general de las Naciones Unidas, establecido en septiembre de 2015, y otras organizaciones para la defensa de los derechos de la mujer. El acto de reconocer admite que las labores de cuidado no remuneradas, con frecuencia, se ignoran o se dan por sentadas, tanto en hogares como en la sociedad en general. Además, implica tomar en cuenta estas tareas no remuneradas al analizar y diseñar políticas, reconociendo normas sociales, estereotipos de género y relaciones y discursos de poder (Samman y otros, 2019). El reducir involucra disminuir la cantidad de tareas de cuidado mediante la inversión pública en infraestructura, concepto que abarca transporte, electricidad y cocinas en áreas donde no existe el acceso a los servicios y a los equipos necesarios (Addati y otros, 2018). La redistribución de las tareas de cuidado supone que tanto los hogares y la sociedad como los hombres y las mujeres compartan estas actividades, lo que significa desafiar los estereotipos y las normas de género, proveer servicios de guarderías infantiles para los padres que trabajan y encarar el tema de la discriminación laboral (Samman y otros, 2016). Más tarde, se agregó una cuarta R que alude al concepto de «representar», cuya idea es promover la representación de cuidadores en el diseño de las políticas pertinentes y desarrollar la capacidad de estas personas para que se las pueda incluir en el proceso de toma de decisiones (Action Aid, Instituto de Estudio para el Desarrollo y Oxfam, 2015). La Organización Internacional del Trabajo incluyó la quinta R, de recompensa, para resaltar su foco en el trabajo decente (Addati y otros, 2018). Es esencial que las tareas de cuidado sean recompensadas para evitar el «éxodo de cuidadoras»: mujeres que dejan sus familias y, probablemente, migran para brindar tareas de cuidado mal remuneradas y que, por ende, trasladan sus propias responsabilidades de

cuidado no remuneradas a otros miembros de la familia, como abuelos o hijos mayores (Folbre, 2006).

Cada una de estas cinco R se puede fomentar en todos los niveles, desde lo individual hasta lo institucional. A partir de la pandemia, numerosas organizaciones han estado promoviendo acciones para alcanzar la igualdad de género. Por ejemplo, varios laboratorios de ideas, investigadores y organizaciones no gubernamentales (ONG) reclaman rescates financieros y paquetes de estímulos económicos que abarquen medidas sociales específicas de protección que reflejen la comprensión de las situaciones especiales de las mujeres y el reconocimiento de la economía del cuidado. Si bien existen propuestas que incluyen licencias pagas para los que no pueden ir al trabajo por estar cuidando de sus niños o de los adultos mayores de la casa, en general, estas se orientan solo a los empleados del sector formal. En las economías en vías de desarrollo, la mayoría de las mujeres trabajan en el sector informal, es por ello que se deben realizar esfuerzos especiales para identificar y recompensar a estas trabajadoras y, así, garantizar ingresos más equitativos (Bhatia, 2020).

A continuación, se detallan algunas políticas diseñadas específicamente para apoyar y proteger a los cuidadores que no reciben paga y para redistribuir las tareas de cuidado (ONU, 2020 y Alon y otros, 2020):

- Subsidios gubernamentales que reemplazan el salario de los trabajadores que no pueden trabajar (o que trabajan horas reducidas) porque deben cuidar a los niños mientras las escuelas y guarderías permanecen cerradas debido a la pandemia.
- Eliminación del requisito que obliga a los cuidadores a estar buscando empleo para poder acceder a los beneficios por desempleo.
- Extensión de los beneficios por desempleo o de cualquier programa de transferencia de efectivo para los que renuncian a sus empleos por tener que cuidar a sus hijos o por realizar tareas de cuidado no remuneradas debido a la pandemia.
- Ampliación del acceso a las licencias familiares y a las licencias por enfermedad pagas.
- La organización ONU Mujeres (2020) ha fomentado la inclusión de las mujeres y las niñas como punto focal en la respuesta a la crisis pandémica mediante una mesa redonda virtual de mujeres líderes.

Es de gran relevancia que esta organización resalte el hecho que, aunque la mayoría de las tareas de cuidado se desarrollan en casas particulares, quienes dictan las políticas deben «dar apoyo para lograr un reparto equitativo de la carga de cuidados entre hombres y mujeres». En palabras de la directora ejecutiva, Anita Bhatia (2020), «esta es una gran oportunidad para erradicar los estereotipos de los roles de género que se desarrollan en los hogares de muchas partes del mundo». La ONU Mujeres alienta a los gobiernos, especialmente a los hombres líderes, a unirse a la campaña HeForShe, la cual insta a que hombres y niños se aseguren de estar cumpliendo con su parte de las tareas domésticas.

La OIT se anima a afirmar que la redistribución del trabajo remunerado entre los hombres y las mujeres dentro del hogar no es suficiente. De hecho, ha recientemente publicado que «si queremos lograr una sociedad más equitativa tras esta crisis, es necesario que las mujeres participen plenamente en el replanteamiento y la reformulación del mundo del trabajo después de la COVID-19» (Pozzan y Cattaneo, 2020). Estudios recientes acerca de los efectos de la pandemia sobre la igualdad de género han avivado la esperanza en el reequilibrio de las normas y prácticas de género tradicionales. Por ejemplo, Alon y otros (2020) sugieren que la cuarentena llevará a muchos padres a asumir algunas tareas adicionales relacionadas con el cuidado y la educación de sus niños en el hogar. Los cambios en los roles de género que causó la Segunda Guerra Mundial han derivado en la idea que, aunque esto no implique un equilibrio real en la división de trabajo no remunerado, es un hecho el que muchos padres están dispuestos a ampliar el tiempo en el que están a cargo de los niños. Por ende, pueden desarrollar un vínculo afectivo con sus hijos y adquirir experiencia para poder cuidarlos durante periodos más prolongados. Esta tendencia podría ayudar a impulsar normas sociales que fomenten la igualdad de los roles del padre y de la madre con respecto a la educación de los hijos, al trabajo doméstico y a las normas en general (Alon y otros, 2020).

Las funcionarias de la ONU Isabelle Durant y Pamela Coke-Hamilton (2020) piden también que se incluya a los trabajadores del sector informal, los de medio tiempo y los de temporada (mayormente mujeres) en las medidas en respuesta a la pandemia de la enfermedad por coronavirus. Este fenómeno cobra especial relevancia en las industrias dominadas por las mujeres, tales como la hotelera, la elaboración de alimentos y el turismo, que se encuentran temporalmente cerradas en muchos lugares debido a las medidas de distanciamiento social. Agregan, además, que «la redistribución de fondos



públicos debe evitar cualquier posible incremento en la carga del trabajo no remunerado de las mujeres, ya que ellas son las principales proveedoras de este tipo de labor».

Los investigadores están ejerciendo presión para que las políticas en respuesta a la pandemia tomen en cuenta la transversalidad de la perspectiva de género. Epidemiólogos y demás expertos en enfermedades infecciosas afirman que habrá otras epidemias en el futuro y que, en consecuencia, es esencial que se consideren los efectos de las políticas sobre los niños, las familias y las mujeres. Lewis (2020) ha también comentado que «durante mucho tiempo, los políticos han asumido que los ciudadanos, en especial las mujeres, deben “absorber” el cuidado de los niños y ancianos si se otorgan subsidios considerables a la economía remunerada. Esta pandemia debería hacernos dar cuenta de cuán distorsionada es esta visión» (Lewis, 2020). Mediante un comunicado en *The Lancet*, hace poco, otro grupo de investigadores ha instado a los gobiernos a considerar adecuadamente las normas, los roles y las relaciones de género para evitar que se perpetúen las inequidades sanitarias y de género. Al igual que la OIT, exigen la incorporación de mujeres para que las acciones y las políticas reflejen sus voces (Wenham, Smith y Morgan, 2020). Se debe reconocer, adicionalmente, que el hecho de que haya muchos hombres y niños en sus casas por la pandemia del coronavirus ofrece la oportunidad a los padres de enseñar a los niños a realizar tareas de cuidado esenciales y a los hombres de dar el ejemplo y participar de manera igualitaria en las labores en sus hogares y en la familia extendida (Promundo, 2020).

La OIT y el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (UNICEF) se han unido para solicitarle a las empresas que incrementen el apoyo a las familias durante el transcurso de la pandemia y a las medidas de respuesta asociadas a la misma (OIT, 2020). La guía preliminar insta a las organizaciones a brindar mayor protección social, sobre todo a individuos de bajos recursos, para minimizar las consecuencias negativas que las familias pudieran sufrir. La modalidad de trabajo flexible, las licencias pagas relacionadas con la necesidad de cuidado de miembros de la familia y el acceso a servicios de cuidado infantil de emergencia brindado por personal calificado son algunas de las prácticas sugeridas (OIT, 2020).

### ***Conclusión: ¿Cómo será la economía del cuidado en la economía pos-COVID-19?***

Organizaciones enfocadas en los nuevos sistemas económicos han elaborado estudios y políticas de intervenciones prácticas para que la sociedad progrese de manera medioambiental y económicamente estable y en igualdad social, desde el punto de vista de los ingresos, el empleo y el trabajo comunitario voluntario. Por ejemplo, en el año

2010, la New Economics Foundation (NEF), una organización sin fines de lucro londinense, publicó un informe de alta repercusión titulado *21 Horas*, en el cual se abogaba por una justa redistribución del trabajo remunerado para poder, así, reducir el desempleo, las emisiones de gases de efecto invernadero y las desigualdades, y, al mismo tiempo, mejorar el bienestar y gozar de más tiempo para disfrutar la vida (Coote, Franklin y Simms, 2010).

Estos autores sostenían que una semana laboral «normal» más corta haría posible la redistribución equitativa del trabajo remunerado y no remunerado entre hombres y mujeres, lo que, a su vez, le permitiría a los padres pasar más tiempo con sus hijos, y a los ciudadanos participar en diversos voluntariados. Además, afirmaban que «el mundo empresarial se beneficiaría de que cada vez más mujeres pudieran entrar en el mundo laboral; de que los hombres tuvieran una vida más completa y equilibrada; y de que hubiera un menor estrés en el lugar de trabajo asociado con los malabares que supone compaginar el trabajo remunerado y las responsabilidades del hogar».

Varias campañas mundiales por una semana laboral de cuatro días se basan en esta investigación de la década anterior (ONU, 2020 y Alon y otros, 2020), que cuenta con el apoyo de algunos partidos políticos y sindicatos, especialmente en el Reino Unido. El investigador de la NEF, Aidan Harper (2019), resalta que el tema del horario laboral debe ser debatido públicamente, ya que no es ni natural ni inevitable, sino una construcción social que se puede modificar. De hecho, hay países que ya han tenido éxito con la implementación de sistemas experimentales alternativos para valorar las tareas de cuidado. En Japón, por ejemplo, los cuidadores que se encargan de los adultos mayores (incluso miembros de una familia) pueden ganar créditos a través del sistema Fureai Kippu (sistema de depósito de horas que utiliza una moneda social). Estos créditos se pueden guardar para utilizarse a medida que los cuidadores envejecen y necesiten de cuidados o se pueden intercambiar por otros servicios (Poo y Gupta, 2018). Esto permite que familiares y amigos cuiden a sus adultos mayores en sus hogares y que reciban una valiosa compensación.

A medida que los estudios de los efectos actuales y de las consecuencias a largo plazo de la pandemia toman impulso, podría resultar útil hacer énfasis en la heterogeneidad de las experiencias para respaldar las intervenciones orientadas a lograr mayor igualdad. Este resumen de políticas se ha centrado en la desigualdad de género y su incidencia en las epidemias; de ahora en más, las investigaciones podrían incorporar otros factores que faciliten una minuciosa comprensión del papel que desempeñan la

edad, la etapa de vida, la discapacidad y el estado de salud, la composición del hogar, las relaciones matrimoniales, la etnicidad y el estatus socioeconómico.

Está claro que, para prevenir que se continúe profundizando la inequidad de género, es indispensable tomar en cuenta la sobrecarga de labores no remunerados que recae en las mujeres y en las familias durante la pandemia de la COVID-19. Ya que una gran parte de la población no está convencida de retornar a su vida «normal» como era antes de la pandemia y muestra interés por realizar cambios en sus propias vidas y en la sociedad en general (RSA, 2020), se presenta la oportunidad de concretar cambios sistémicos que valoren e incluyan las tareas de cuidado en las políticas económicas y sociales. Pero, ¿tendremos el tiempo y la energía para fomentar estos cambios ahora que se ha adicionado un «cuarto turno» (la educación de los niños mientras trabajamos) a la carga de trabajo de cuidado no remunerado?